

La Economía del Trabajo ante el Tercer Sector¹

Por José Luis Coraggio²

1. “Tercer Sector”: un mismo término, distintos significados

Compartimos el crecimiento de un sector de actividades al que se suele denominar Tercer Sector, y esto ocurre dentro de un proceso de globalización. Pero ambos procesos los experimentamos desde posiciones muy desiguales. La situación de exclusión en América Latina es muy diferente de la europea. No tenemos la misma historia social. Podemos compartir valores e instituciones porque tenemos una historia de fuerte inmigración europea, que ahora parece invertirse en su fluir, pero difícilmente sea portadora de sistemas institucionales como ocurrió cuando éramos “la América” que se venía a hacer. Tampoco podemos tener las mismas expectativas con respecto al crecimiento económico esperable. Según la OIT, sólo para poder cubrir el incremento de empleos demandados por el crecimiento vegetativo de la población económicamente activa en las próximas dos décadas se requiere una tasa de crecimiento del PIB del 5% anual, lo que a su vez requiere una tasa de ahorro e inversión nacional del 30% del PIB, algo considerado imposible. Problema y desafíos, como se suele decir, el desempleo y la carencia son demasiado extremos y extendidos en América Latina como para verlos positivamente como una mera oportunidad.

Ante la globalización subordinada y la retirada brutal del Estado, impuesta y aceptada con la complicidad de las dirigencias locales, lo que ni el mercado ni el Estado cubren es demasiado como para pensar que el movimiento espontáneo de la sociedad puede cubrirlo. Para mencionar un punto, está habiendo un deterioro tan grande de las viejas grandes infraestructuras urbanas y regionales, y tal descuido de los balances ecológicos y de las reglas elementales de cohesión social, que cuando se manifiesten plenamente sus consecuencias el Estado tendrá que resurgir para encararlas. Creo que estamos lejos de haberle dicho “adiós” al Estado. Ya alguna vez estuvo en manos del mercado la prestación de servicios públicos y tuvo que ser estatizado por la contradicción entre el interés privado monopólico y las necesidades de la gente. Pero si se cierra este ciclo no debería ser para repetir el anterior. Esta vez, el Estado latinoamericano debe verdaderamente regenerarse desde la sociedad y en eso sí coincidimos: el papel de la equidad, la democracia y la autonomía de la sociedad es central y debe ser impulsado aunque sea en contra de los resabios del viejo estatismo que todavía pugnan por reproducirse. Pero esto es muy distinto que alinearse con el antiestatismo conservador neoliberal, que en nombre de la eficiencia pretende generar una sociedad de mercado altamente polarizada.

Mientras que en Europa el problema puede ser el desarraigo de tener un ingreso no vinculado al trabajo, en la mayoría de los países de América Latina el problema es el prolongado proceso de pérdida de derechos, de ingresos y de trabajo, de seguridad social y, no menos importante, de expectativas y de sentido, lo que trae como consecuencia una degradación de la vida personal, social y política, que puede llevar generaciones revertir si

¹ Ponencia presentada en las Jornadas de Intercambio “Perspectivas y realidades del Tercer Sector en América Latina y Europa”, organizado por ARCI y CENOC, Buenos Aires, 11-13 julio 2000.

² Investigador-Docente Titular del Instituto del Conurbano de la Universidad Nacional de General Sarmiento. Otros trabajos y referencias bibliográficas vinculados a los temas desarrollados en esta ponencia pueden encontrarse en www.fronesis.org.

no emprendemos ya un giro que, inevitablemente, entra en contradicción con los sectores del capital financiero que han venido dirigiendo nuestra inserción en el mercado global con la complicidad de las tecnocracias y dirigencias locales.

En general, particularmente en Argentina, registramos niveles sostenidos o en aumento de la desocupación, la subocupación y la precarización del empleo, y una fuerte y sostenida pérdida de ingresos reales de las mayorías, que junto con los procesos corruptos de privatización y de manejo de la deuda externa en estas décadas ha dado lugar a la acumulación de la riqueza en el 20% de la población, al debilitamiento de las capacidades del Estado para hacer cumplir las leyes fiscales, a un insostenible endeudamiento externo y a políticas de ajuste estructural con la consecuente desprotección de los trabajadores por parte del Estado, limitado sus acciones al asistencialismo focalizado. Esas políticas sociales están destinadas a aliviar la pobreza extrema, para mantener la gobernabilidad o para apenas atender discursivamente a elementales normas morales, y el capital financiero y sus intelectuales orgánicos presionan para que sea al menor costo público posible, lo que implica convocar al trabajo voluntario de la misma sociedad o tercerización de la ejecución de los programas utilizando ONGs u organizaciones autogestionarias.

De ahí el posible papel funcional a ese modelo de muchas organizaciones sin fines de lucro que ejecutan esas mismas políticas sociales asistencialistas y estigmatizadoras. El crecimiento del tercer sector o del voluntariado en Argentina no significa necesariamente un aumento de la solidaridad social tanto como un reflejo del retroceso en el reconocimiento de derechos sociales y en la garantía del Estado sobre su cumplimiento.

En nuestro país las políticas sociales implican la institucionalización de la pobreza y la indigencia, y se basan en buena medida en transferencias de recursos desde las clases medias, ellas mismas empobrecidas. En Europa se habla de superar la institucionalización de los problemas sociales, reintegrando a los ciudadanos a la sociedad (como las propuestas de la empresa social). Aquí estamos experimentando de hecho un proceso de institucionalización de la pobreza masiva, en zonas que pueden asemejarse a campos de concentración más que a asentamientos abiertos.

En efecto, la desnacionalización de la economía empresarial implica una enorme salida de ganancias, la posibilidad de eludir y evadir impuestos, y la destrucción del dinamismo del mercado interno, invadido por productos originados en los países centrales y en los países asiáticos. Habiendo poca base para la filantropía empresarial y de las clases medias, el Tercer Sector se hincha pero es pobre él mismo. No debe extrañar que, dada la definición amplia de Tercer Sector, en nuestro país crezca casi mecánicamente como respuesta espontánea a la coyuntura, a la vez que se reduce el mercado interno y el empleo remunerado. Su sentido no es la solidaridad y la filantropía de arriba hacia abajo, o la substitución voluntaria de relaciones alienantes de mercado por relaciones directas entre ciudadanos, tanto como la resultante de estrategias de sobrevivencia en ausencia del dinamismo del mercado y la pérdida de derechos que la Constitución dice que el Estado debe garantizar.

La promesa de que el crecimiento va a revertir por sí mismo estos procesos es imposible de cumplir. En el caso de la Argentina hubo una destrucción sistemática del sector productivo nacional y del sector estatal, que ha perdido toda capacidad de inversión para el desarrollo. Sus nuevas deudas son para pagar deudas anteriores o para solventar los programas sociales y el "riesgo-país", más allá de su uso estratégico por los operadores y

tenedores de bonos, refleja la clarividencia de los inversores que siguen especulando con el país, que saben que no podrán seguir cobrando eternamente esas deudas. Sin duda es difícil imaginar el escenario político capaz de generar un proceso de redistribución de la propiedad y de los ingresos suficiente como para revertir la grave polarización social y económica, pero a la vez se vuelve cada vez más inevitable. Predomina una ideología económica que indica que la flexibilización sin límites del trabajo es la condición para la competitividad, pero claramente ello sólo ha traído más desempleo y menores salarios y beneficios sociales a los trabajadores. Se afirma que la economía no puede modificarse porque intentarlo generaría un caos y una crisis, y se trata la crisis social y la deslegitimación del sistema político mediante dosis cada vez más insuficientes de asistencialismo, acompañado de la extensión del clientelismo político, vaciando así a la democracia de contenido, por la pérdida de autonomía de los ciudadanos. Hay una sistemática introyección de los valores del mercado en el conjunto de instituciones de la sociedad. Estamos ante una verdadera guerra neoliberal contra la cultura estatista de estas sociedades, sin ningún sistema alternativo de cohesión social. En ese contexto es que tenemos que evaluar el concepto, el sentido y las posibilidades del Tercer Sector.

2. ¿Tercer Sector o transformación de la economía popular en una economía del trabajo?

El concepto de “tercer” sector implica “ni mercado ni Estado”. Si a esto le agregamos que “la economía” es identificada con el mercado, el tercer sector sería un conjunto de organizaciones y relaciones no mercantiles, dirigidas a resolver necesidades locales, pero sin responder a una lógica económica, entendida como orientada por el lucro. Un espacio de sentimientos afectivos y lazos solidarios. Un espacio sin mecanismos alienantes como los del sistema de mercado o del sistema político. Esto es, evidentemente, distinto de las propuestas de “economía social” o de empresa social, que no eluden al mercado, sino que generan mercados regulados de otra manera, incluso promovidos desde el Estado.

Efectivamente, “la economía” es comúnmente reducida a las actividades pecuniarias, fundamentalmente asociadas a la participación en el sector empresario, como empresario o como trabajador asalariado, pero también incluyendo los emprendimientos de trabajadores autónomos, autoempleados. El hinchamiento de las actividades económicas autónomas es considerado una estrategia supletoria, de segunda, de sobrevivencia ante la emergencia por la exclusión. El trabajo doméstico o comunitario no son registrados siquiera como actividad económica. Para ese mismo sentido común, por su lado el Estado y su economía son políticos, regulan o acompañan a “la economía” pero no tienen un sentido propiamente económico disociado del de servir al capital, aunque sea contradiciéndolo mediante regulaciones que velan por la gobernabilidad.

Si queremos superar la grave situación latinoamericana, hay que poder pensar caminos alternativos, y a ello contribuirá negar que la economía es sólo mercado capitalista, y que además debe dejarse librada a su propia lógica interna, limitando el campo de la voluntad a incidir en “lo social”. Por el contrario creemos que hay que actuar para reformar la economía, entendida en sentido mucho más amplio que la economía del capital, superando la perspectiva economicista del neoliberalismo, comprendiendo la compleja relación entre economía real, cultura, sociedad y política.

El sentido de la economía es organizar la utilización de los recursos de modo de satisfacer un sistema de necesidades definido por los mismos miembros de una sociedad. Para esta visión, el campo de la economía se ensancha y enriquece. La economía

capitalista aparece como un sector –importante y marcante del resto, sin duda- de una economía mixta. Las formas de economía social toman un lugar diferenciado de las empresas con fines de lucro privado. El trabajo deja de ser sólo empleo, o trabajo asalariado, pues las necesidades insatisfechas exceden en mucho a las demandas solventes en el mercado y las formas no pecuniarias de organización del trabajo ocupan su lugar en la economía. La economía pública es vista como capaz de un coportamiento autónomo, cuyo sentido resultará de la tensión entre los intereses de las mayorías y los intereses de las élites, siendo su democratización o su oligarquización parte de las características distintivas de una organización económica y no un factor “extra-económico”. La reproducción ampliada de la vida se confronta con la reproducción ampliada del capital. La reciprocidad y los mecanismos de redistribución social y mediados por la política y el Estado salen a luz. La gobernabilidad no se confunde con la democratización.

En nuestros países es preciso promover de manera activa y sistemática otras estructuras económicas a partir de las actividades económicas de los sectores populares urbanos y rurales. Promover la consolidación de un verdadero sistema de economía del trabajo orientado hacia la reproducción ampliada de la vida de todos los trabajadores, que genere sus propias formas estatales de regulación y de producción de las condiciones generales de la producción de esta economía. Los valores de solidaridad –viejo objetivo de la “concientización”- se refuerzan cuando la realización del interés particular depende materialmente del bienestar y desarrollo de los otros. Esa solidaridad orgánica e interdependencia dinámica es la que puede hacer viable un sistema de este tipo, capaz de reproducirse y hasta de competir en los mercados con el capital. La acción colectiva puede incluso organizar otros mercados, rol usualmente reservado para el Estado y el capital.

Para ello es preciso ser pluralista. Admitir la inclusión de muy diversas formas (cooperativas, redes solidarias, grupos de ayuda mutua, asociaciones sindicales, barriales, microemprendimientos en red o sin red, componentes del sistema educativo y de capacitación continua, centros de investigación y tecnología, grupos eclesiales, formas de autogestión o gestión participativa de la economía pública) todas ellas articuladas y compitiendo fraternalmente por la voluntad de los ciudadanos mediante propuestas orgánicas de realización del trabajo para la satisfacción directa o indirecta de sus necesidades.

La eficacia de esta economía del trabajo depende de su heterogeneidad y por tanto de su complejidad. Debemos propiciar la formación de complejos de producción y circulación de bienes y servicios interconectados, que se dinamicen mutuamente, en buena medida a través de mecanismos de mercado, entendidos como arreglos de reglas de intercambio acordadas y reguladas socialmente, donde el desarrollo en calidad y eficiencia de unos beneficia e induce al de otros. Para que esta economía sea eficiente socialmente, debe ser de calidad, es fundamental no sólo que tenga otros valores, relaciones sociales y disposiciones, sino que el conocimiento tácito, práctico, sea sistematizado y potenciado en su contacto con el conocimiento científico y sus aplicaciones técnicas y organizativas, y protegido de la máquina de succionar, privatizar y patentar para volvernos a vender conocimientos que han puesto en marcha las empresas monopólicas.

Este sistema tiene diversos niveles, que ejemplificamos rápidamente:

Nivel microsocioeconómico

Hogares, comunidades (locales, étnicas, etc.)

- autoconsumo doméstico
- trabajo comunitario
- economía de la solidaridad para el mercado, con relaciones sociales de producción centradas en el reconocimiento del otro, subsidiadas o autosostenidas
- cooperativas de trabajadores eficientes y autosostenidas en el mercado
- empresas sociales, productoras de sociedad
- microemprendimientos individuales o familiares
- servicios personales voluntarios (cuidado de personas, alfabetización, etc.)
- organizaciones sindicales (defensa de las condiciones del trabajo asalariado)
- cogestión de las empresas capitalistas

Nivel mesosocioeconómico

- redes de articulación productiva de todo tipo (productores, ahorro y crédito, comercialización, marcas compartidas, etc.)
- servicios públicos remanentes: educación, salud (centros de salud preventiva, producción de medicamentos genéricos, etc), vivienda y habitat, etc.
- organizaciones para bajar el costo de vida (compremos juntos, grupos de consumidores que presionan a las empresas por mejores precios o calidad)
- segmentación de mercados (redes de trueque, productos ecológicos, anti dumping social, “compre local”, etc.)

Nivel macrosocioeconómico

- presupuesto participativo (redireccionamiento de los recursos públicos a nivel local y provincial)
- políticas socioeconómicas (fiscal, regulación de mercados, crediticia, etc.), sistemas legales y de justicia, etc. favorables al desarrollo de este sector

Hay que propugnar que los múltiples agentes públicos y sociales dedicados a la promoción de la economía popular asuman una estrategia compartida para generar la imprescindible sinergia entre niveles, actividades y formas. Las opciones no son entre Estado, mercado y sociedad civil sino entre combinaciones de esos tres elementos. Se requiere un estado más democrático, un mercado más solidario, una sociedad menos desigual.

3. Desarrollo local: economía, política y cultura

La economía del trabajo no es ajena al poder económico, social, político e ideológico. Una red de trueque emite dinero local y requiere una organización que, por horizontal que sea, define representaciones y mecanismos de control de la emisión de ese dinero, de los precios relativos y de las relaciones. Hacia afuera, esta economía puede hacer alianzas con sectores de PyMES, o incluso con sectores empresariales nacionales que requieren un mercado nacional dinámico. Es base y se articula con movimientos sociales (educación pública, ecologismo social, derechos humanos, sindicatos, movimientos étnicos, de género, generacionales, organizaciones barriales, etc.) que pugnan con las estructuras de poder dominantes.

Para motorizarla y lograr ese efecto de sinergia, parece relevante asociar esta construcción al desarrollo local integral. Es preciso pasar de las estrategias aisladas de sobrevivencia de las economías domésticas individual o en red al controla por los ciudadanos de los resortes del desarrollo de los sistemas comunitarios o sociales, de su habitat, de su territorio.

En esto puede jugar un papel la difusión de las instituciones de la planificación estratégica, siempre que se base en la expresión de todos los intereses, lo que implica de hecho un predominio del interés de las mayorías sociales, de los trabajadores. En particular, los sistemas productivos-reproductivos deben ser complejos: urbano-rurales, industrial-extractivos, productivos-de servicios, etc.

Una sociedad local que asume su propio diagnóstico, diseña una estrategia y emprende su propio desarrollo debe ser una sociedad reflexiva, que aprende de su propia experiencia y de la de otros. Una sociedad tal no va a emerger de la suma de iniciativas a nivel microsociales. Requiere del Estado y, por tanto requiere la democratización del Estado en todos sus niveles, supone una revolución cultural.

Tal revolución tiene como componente fundamental la radicalización de la democracia. Por lo tanto hay que hacer política, generando otro estilo de gobierno o autogobierno. Esa democratización puede comenzar desde lo local, pero sin duda tendría una gran ayuda si contara con estructuras estatales provinciales/estadales o nacionales ellas mismas democráticas. En todo caso, los municipios y los mercados regionales deben ser retomados por los ciudadanos trabajadores, para ayudarlos a articularse entre sí y cooperar en lugar de competir.

4. De regreso a los conceptos: temas para una agenda

Llama la atención que las encuestas comentadas en este seminario –hechas con una misma metodología- muestren que el Tercer Sector argentino es de un peso equivalente al italiano (en personas, valores económicos, etc.). Sin embargo, es tan amplio el cedazo con el que se define ese sector, que se cuele una variedad de organizaciones y actividades que son a lo sumo una colección clasificable, como las mariposas, por sus aspectos exteriores (hasta se nos puede colar un club de fútbol que de hecho ha devenido una empresa con fines de lucro). Para poder entender la diferencia y la posibilidad que abren –si las sometemos a intervenciones y programas, tensionándolas y redirigiéndolas en uno u otro sentido- tenemos que verlas antes que nada no desde su individualidad sino desde los sistemas sociopolíticos en su conjunto y la función que cumplen en ellos.

En tal sentido, pensar desde una socioeconomía mixta y contradictoria, donde existe la posibilidad de desarrollar –dentro de una trama conflictiva de relaciones con la economía con fines de lucro y con la economía pública- un sector de economía centrado en el trabajo, orientado a la reproducción ampliada de la vida, construyendo nuevas relaciones desde lo local (pero no meramente locales), permite dar un sentido y discriminar entre ONGs y ONGs, entre solidaridades y solidaridades, separar la paja del grano de trigo.

Para poner orden en esa gran bolsa denominada Tercer Sector es preciso conceptualizar, pero antes que buscar apurados acuerdos sobre términos precisos, sería bueno salir del campo académico y pasar por una sistematización (que es más que una recolección) de las experiencias y los saberes en este campo aún ambiguamente delimitado en el país. Para aprender ayuda comparar, y una comparación con Italia nos parece potencialmente

fértil. Las diferencias en cuanto al contexto, que ya indiqué, y la relación actual y potencial con el Estado, son temas importantes. Igualmente, la política del Estado hacia este conjunto de actividades debe ser tematizada, en particular la necesidad de legislación adecuada, que no quiere decir meramente precisa, sino amplia y facilitadora. El sistema fiscal debería reconocer pero dejar fuera de su aspiradora al menos a buena parte de este sector, haciendo que su legitimidad coincida con su legalidad. Otro tema importante es criticar el concepto de eficiencia pecuniaria y microeconómica, tan caro al neoliberalismo, y profundizar en el concepto alternativo de eficiencia social. El pluralismo de las iniciativas puede facilitarse si se comprende la posible unidad de sentido en la diversidad de las formas, y ese concepto puede ayudar a ello.

Claridad y apertura conceptual son importantes para orientar un proceso social, que implica la formación de miles y miles de promotores vinculados horizontalmente y comunicados con códigos comunes entre sí, con los nuevos emprendedores sociales y con el Estado. Es fundamental no apurar la formalización de modelos para pretender imponerlos a la realidad, sino experimentar, dejar espacio para la creatividad popular. Tampoco pueden ser predeterminados los sujetos colectivos que requiere el desarrollo de un sistema económico dirigido a la reproducción ampliada de la vida, sino que se irán constituyendo con el proceso mismo, a veces encarnándose en viejas estructuras sindicales, movimientos cooperativos, redes de solidaridad local o global, a veces recuperando nuestras mejores tradiciones, otras innovando.

Una perspectiva amplia desde la economía del trabajo implica no desvincular al trabajo autónomo -pecuniario o no- del trabajo asalariado, pues en una economía mixta ambos son parte de una misma estrategia de los trabajadores para reproducir su vida. El trabajo en todas sus formas debe ser defendido y valorizado socialmente. Por razones políticas o por razones morales, esto no puede estar limitado a los sectores más pobres. Es preciso pensar en programas de desarrollo incluyentes y abarcativos de todos los trabajadores, de toda esa ciudadanía que debe encontrarse en la esfera pública, en la gestión participativa, en los sistemas de educación pública, y construir una visión de futuro como localidad, región o nación. Como puede verse, el triángulo Estado-Mercado-Tercer Sector pierde sentido para esta visión.

Finalmente, esto es, sin duda, parte de una lucha cultural, por valores, disposiciones y afectos distintos a los que propicia el programa del mercado total y la acumulación de poder personal o partidario. Y requiere, posiblemente, ir decantando sistemas institucionales propios, que tendrán que ser reconocidos por el Estado democrático. Tenemos mucho para aprender mutuamente, Italia y Argentina, de estas búsquedas y estos encuentros. Esperamos que la cooperación se profundice y que para ello encontremos formas no sólo de dialogar sino de aprender haciendo juntos.